

## La muerte le sienta bien

Todavía faltan cinco horas para que se lleven a Alfredo a su última morada y ya estoy más que harta de tanto semblante enlutado, de loas interminables en honor al finado, de miradas circunspectas que me besan y me abrazan soltando las consabidas frases de rigor: “¡Te acompaño en el sentimiento!”, “¡Mi más sentido pésame!”, “¡Siempre se van los mejores!”, “¡Mis más sinceras condolencias!”, “¡Descanse en paz el pobre!”. No me imagino la cara que pondrían algunos si supieran que la que en realidad va a descansar soy yo. Aun así, si esperan hallar a una viuda minada por la pena y deshecha en lágrimas, les aseguro que la van a encontrar. No pienso defraudarles. Alfredo los engañó en vida con su cara de no haber roto nunca un plato, con sus fingidos ademanes de caballero, con su impostada generosidad y su manida frase: “¡Esta ronda la pago yo!”. Le encantaba aparentar que nadaba en la abundancia cuando justo en casa escaseaba el dinero. Pues hacer como hacen no es pecado, así que no debo sentirme culpable por disfrazar mi dicha de pena inconsolable. Tres coronas fúnebres adornan la estancia donde reposa Alfredo en su ataúd. La de los compañeros de trabajo, una mediana multicolor proveniente de la comunidad de vecinos —racaneando, como de costumbre— y la que el seguro de decesos me ha facilitado y en la que reza el original “Tu familia no te olvida”. Familia, a todas luces una palabra tan inapropiada como carente de significado para definir lo que éramos Alfredo y yo. Por suerte la madre naturaleza no tuvo a bien concedernos el don de la procreación, para que luego haya mentecatos que se atrevan a insinuar que no es sabia. En mi opinión, y hablo con conocimiento de causa, posee una sapiencia supina. Alfredo jamás quiso que nos hicieran pruebas de fertilidad, de ese modo siempre pudo achacar la anomalía a mi órgano reproductor argumentando que mi útero venía con un defecto de fábrica. Sospecho que si sus espermatozoides gozaban por simpatía de la misma indolencia que él, ninguno de ellos tuvo el coraje de atravesar el cuello de mi útero y ascender en dirección a las trompas de Falopio. Permítanme hacerles una confidencia: Alfredo era espantoso haciendo el amor. Aunque si lo pienso detenidamente yo apostaría a que nosotros, como pareja, sólo en contadas ocasiones hicimos algo en lo que mediara la palabra amor. De novios, quizá, y ya entonces me pedía que me pusiera encima para ahorrarse la fatiga de culear. Sin embargo, a pesar de su pereza y de su falta de atenciones, yo lo amaba con todas mis fuerzas, por eso hoy me pregunto qué fue del inmenso caudal de mi invidente y estúpido amor. No resistió la

larga sequía de su egoísmo, diecisiete años de casados para ser exactos, a lo largo de los cuales sólo le vi sacar a flote su energía cuando se disponía a golpearme o cuando decidía utilizar mi cuerpo en contra de mi voluntad. Según él la santa institución del matrimonio le otorgaba potestad para hacer y deshacer con mis carnes a su antojo como si mi cuerpo fuera una posesión más. Él nunca le hubiera hecho adrede un rasguño a su coche, esa prolongación de su miniatura fálica; sin embargo a veces a mí me molía a palos interpretando que estaba en su derecho. ¿Alguien podría explicarme por qué la cordura de algunos hombres de vez en cuando acostumbra a saltar por la ventana? No acierto a comprender el sinsentido que representa el hecho de que haya gente inteligente que yerre de manera garrafal en cuestiones básicas de equidad. Está visto que la mente humana está llena de vericuetos, atajos tortuosos por donde el pensamiento camina torcido. Por eso adentrarse en la mente de un maltratador no es tarea baladí; aun así yo llevo años analizando el comportamiento de Alfredo con la intención de entender por qué razón detrás de su estampa de bonachón chupatintas se agazapaba una bestia capaz de cometer actos deleznable, tratando a la postre de justificar lo injustificable con opiniones tan anacrónicas como peregrinas. Será la inicua filosofía del depredador que piensa y actúa como un Neandertal, me respondo, y tiendo a pensar que Alfredo me forzaba porque le excitaba verme inerme, le estimulaba el hecho de advertir cómo se bosquejaba el miedo en mis pupilas, demostrarme quién de los dos era el cazador y quién la presa. Sí, le encantaba practicar ese juego perverso, de lo contrario habría obrado de otra manera, pues el primer impulso al vislumbrar el miedo en los ojos de la persona amada te induce a protegerla incluso a costa de tu propia vida. Me pesa decir que Alfredo se encontraba en las antípodas de dicho sentimiento, no en vano solía argumentar que la madre naturaleza ideó un sistema canalla gracias al cual o comes o eres comido. Una servidora, a día de hoy, todavía mantiene ciertas reservas sobre el mencionado sistema; sin embargo sobre el canalla no albergo la más mínima duda. La verdad es que tuvo un buen maestro, pues a mi suegro le otorgaron la mención cum laude al doctorarse en tirano. A día de hoy todavía me siento incompetente a la hora de calcular cuánto pesa el desengaño, de estimar siquiera el tamaño del vacío que horadó mi pecho al poco de casarnos. La persona que yo consideraba el amor de mi vida, la misma que bebía los vientos por mí de novios, comenzó a emular a su padre comportándose como un malvado. Entonces comprendí sobrecogida el porqué de los moratones que de continuo poblaban el menguado cuerpo de mi suegra, su mirada doliente barriendo el suelo, la omisión perpetua en su rostro de una sonrisa como si el más mínimo gesto de gozo hubiera sido desterrado. Me pregunto cómo a veces, aun frente a lo evidente, podemos estar tan cegatos. Les concedo que me tachen de ilusa, pues tras la primera bofetada me aferré a sus disculpas, creí a pie juntillas que mis lágrimas le habían hecho reflexionar, que un afilado haz de luz había actuado a modo de estilete violentando la

oscuridad que reinaba en sus entrañas. Por desgracia sucedió todo lo contrario. A partir de entonces, de manera paulatina, fueron sobrando los pretextos, cualquier nimiedad le sirvió de coartada. Me obligó a abandonar mi trabajo con el inveterado discurso de que su esposa no tenía que trabajar fuera, que bastante faena tenía en el hogar. Si me maquillaba y me ponía un vestido bonito para salir a la calle, me soltaba con desdén que me había convertido en una mujer frívola, que por eso iba disfrazada de fulana. He sido y soy una lectora compulsiva; pero si a su llegada a casa me encontraba leyendo —la lectura fue mi salvación durante años, me ayudaba a evadirme de la opresiva realidad que me circundaba— se enojaba y gruñía diciendo que malgastaba mi tiempo en vez de dedicarlo a labores productivas relacionadas con el aseo y el mantenimiento de nuestra santa morada. Mi santa prisión. Perdí la cuenta de las veces que sentí ganas de huir con lo puesto, de dejar la puerta abierta, enfilarse la calle desierta sin volver la vista atrás y desvanecerme en la noche trasfigurándome en lágrima bajo un aguacero. Así jamás sería capaz de encontrarme. Desafortunadamente mi cobardía ganó todas las batallas. ¡Ay, si supieran ustedes de qué materia está hecho el miedo! La primera vez que le amenacé con divorciarme el fuego de su ira me abrasó todo el cuerpo. Por si esto fuera poco, para seguir sumando oprobios a la lista del maltrato, los golpes y el dolor tenían un temible cómplice: el desprecio. La humillación constante, los insultos cotidianos, al final consiguen que tú misma comulgues con parte de su credo. Un día te miras al espejo y apenas te reconoces, sientes lástima por la mujer que habita al otro lado del cristal. Te tasas y piensas que no vales nada, te sientes aislada, desconectada de la vida, y todo por el simple hecho de ser mujer. Y cuando has bajado tantos peldaños que tu autoestima se halla agazapada en el sótano, desde la ominosa soledad de tu encierro te gustaría gritar la verdad a los cuatro vientos para que todos sepan de qué clase de estiércol está hecho ése al que muchos consideran tu salvador; mas el miedo habita el silencio. Sé bien de lo que hablo. El terror te enmudece, te pliega sobre ti misma hasta hacerte parecer la burda falsificación de un ser humano. Y mientras tú te encoges un poquito más a cada guantazo, él cebe con furia su ego, se siente soberano. Por suerte ya no quedan dioses, ni siquiera con los pies de barro. Lo digo porque ayer a mediodía Alfredo se sintió indispuerto después de empapuzarse con perdices en escabeche y trasegar media botella de vino peleón. Yo le dije que seguro que eran gases, que soltando cuatro ventosidades se sentiría mejor; pero cuando se llevó las manos al pecho y sus facciones se contrajeron en una mueca de dolor, ambos supimos lo que estaba en juego. “¡Llama a urgencias, rápido!”, masculló sin apenas resuello. Mi primer impulso fue coger el móvil y llamar al 112 sin dilación; sin embargo mi dedo índice se quedó suspendido en el aire a un centímetro escaso del símbolo de emergencias. La respiración fatigosa de Alfredo se contuvo por un instante y su mirada cambió, entreverada de sorpresa y estupefacción. Y aquí estoy yo, alabando la figura del monstruo con ingentes dosis de hipocresía a la espera

de que termine un sepelio que se me está haciendo eterno. ¡Oh, vaya por Dios, se avecina un nuevo pésame!

—Lo siento muchísimo, sobre todo por ti —me expresa en tono lastimero un hombre enjuto de propecta edad al que no conozco ni en pintura.

—No imagino cómo será la vida sin él —profiero casi en un susurro.

—Parece una burla del destino que le fallara el corazón, con lo grande que él lo tenía.

—Diga usted que sí, don... —sin pretenderlo se me queda cara de interrogante.

—Para usted Emeterio a secas. Yo era su jefe en el departamento de contabilidad. Créame, lo vamos a echar mucho de menos.

Sobre todo por las rondas que pagaba, me da por pensar.

—Me consta que Alfredo era muy querido —agacho la cabeza y emulo el gesto de una santa.

—Paciencia, el tiempo se encargará de poner las cosas en su sitio.

El tal Emeterio asiente consternado y se aleja a contemplar al difunto y a darle su último adiós. Admito que empiezo a disfrutar con esta impostura, no en vano una sensación parecida a la felicidad, quizá sea un sucedáneo, se desliza a hurtadillas en mi interior.